

andadura existencial, y el norte de lo mejor de sus vidas, se parecen. Unamuno, en el ensayo citado, «Yo, individuo, poeta, profeta y mito», establece su sentido de la misión del poeta en términos paralelos a los de Darío:

...se hace revolución o nevada universal aquella que el poeta canta. ¿No ha oído usted hablar del diluvio universal? Pues es universal porque lo ha universalizado el relato del Génesis. Y esto lo hizo un individuo. Porque sólo el individuo crea.

Es decir, que el poeta, cantando, eterniza lo que está destinado al olvido: la vida y las cosas que le pasan al hombre. El poeta se eleva hacia Dios —torre de Dios— al crear. El poeta bracea, como el nadador en medio de la corriente, entre las fuerzas que le arrastran hacia el fondo de la nada, o hacia el remolino del tiempo, y entre las ilusorias esperanzas que son las orillas y los cielos de eternidad. Poeta es «...el que dice lo que otros callan o no quieren ver, el que revela la verdad de hoy, el que dice las verdades del barquero, el que revela lo oculto en las honduras presentes, el poeta, en fin, el que con la palabra crea». La poesía, el poetizar la vida y el tiempo, es, pues, el camino alto del hombre. ¡Ay del hombre que no crea nada! Dice Unamuno «...que es el fin de la vida hacerse un alma». Contra las tempestades, caníbales de adentro y afuera, contra el olvido, contra la muerte lenta que es la existencia, ¡hacerse un alma! Ahí está, bien señalado por poetas y profetas, nuestro destino. Quizá sea esa una de las más grandes visiones poéticas unamunianas: que lo que Dios nos dio no fue un alma, sino la posibilidad de hacérsola, de crearla.

«Empiezo a marearme», dice en este momento en su ensayo Miguel de Unamuno. ¡Cómo no!: es el vértigo de la ascensión a la torre, de la proximidad divina. ¡Qué próximos parecen estar Rubén Darío y Miguel de Unamuno cuando se les mira caminar en su poesía hacia lo alto! No importa la anacronía de tiempos ni la disonancia de palabras. Los acordes son profundos, entrañables y resuenan, se mueven en el tiempo y en el espacio, como los sonidos del coro y el órgano, llenando los ámbitos de la catedral. Cesa la presión sobre el teclado del instrumento, se apagan las voces, y nos parece que algo queda resonando allá en lo alto de las bóvedas.

Como ya dije al principio, los paralelismos entre los dos grandes poetas contemporáneos son innumerables. El lector avisado puede encontrar por sí mismo cada vez más sorprendentes coincidencias. El experimento, tratándose de dos escritores tan prolíficos, es casi infinito. Tratando de ser selectivo, de mostrar un posible camino, más que de agotar el tema, me reduciré a otra viable perspectiva comparativa. He

querido, sobre todo, poner de relieve la coincidencia en la andadura, en el sentido de misión, que expresan ambos poetas. He destacado su mirar hacia el futuro, hacia lo alto y hacia la eternidad. Ahora revertiré la perspectiva: ¿Cómo se sienten Unamuno y Darío mirando hacia el pasado, hacia lo irremediabilmente perdido?

Fijaré mi atención en dos poemas muy particulares. Pero antes de entrar en materia tengo que contar las circunstancias que me llevaron a considerar y emparejar estos dos textos. Leía yo un día el *Cancionero* de Unamuno, como hago muchas veces, por pura fruición y afición a las resonancias que en mí despierta la lectura de los recovecos más íntimos de la obra de don Miguel. Saltando páginas y días fui a dar en la entrada del diario, fechada el 12 de julio de 1928. Se trata del poema «La narria»:

*No volveré a veros, narrias,
la Bilbao que se me fue,
resbalabais silenciosas
por calles de mi niñez.*

*Al paso de lentos bueyes
que iban babeando a la vez
que el barrilito goteaba
e iba marcando el cordel.*

*¡Qué encanto montar un poco
sobre las vigas y ver
que el Nervión también sin ruedas
se iba a la mar sin saber!*

*Y así marchó mi vidita
¡qué sirinsín aquel!
las ruedas del automóvil
son invención de Luzbel.*

Al leerlo me sucedió que la memoria y la imaginación me llevaron al poema de Rubén Darío titulado «Allá lejos», de *Cantos de vida y esperanza* (1905), que dice:

*Buey que vi en mi niñez echando vaho un día
bajo el nicaragüense sol de encendidos oros,
en la hacienda fecunda, plena de la armonía
del trópico; paloma de los bosques sonoros
del viento, de las hachas, de pájaros y toros
salvajes, yo os saludo, pues sois la vida mía.*

*Pesado buey, tú evocas la dulce madrugada
que llamaba a la ordeña de la vaca lechera,
cuando era mi existencia toda blanca y rosada;*

*y tú, paloma arrulladora y montañera
significas en mi primavera pasada
todo lo que hay en la divina Primavera.*

Tras leerlos de nuevo, pareados, me pregunté: ¿podía acaso don Miguel, ese 12 de julio de 1928, haber estado leyendo, o recordando, a Rubén Darío? ¿No sería interesante saber en qué grado y con qué intensidad se habían leído, uno a otro, los dos grandes escritores? Los «¡música, no!», las diatribas contra las «liras eolias» y el «ala, aleve del leve abanico», tan constantes en don Miguel, ¿no serán, quizá, la prueba indirecta de una afición a la lectura del poeta que el propio Unamuno consideraba su extremo opuesto? (¿No ha demostrado, por cierto, Julián Marías cuán fecundo fue el antagonismo Unamuno-Ortega, y cuán presente está el uno en la obra del otro?). Les daba yo vuelta a esos pensamientos cuando, casi al azar, fijé mi vista en las páginas del *Cancionero* de Unamuno, y allí, al lado del poema «La narria», encontré una breve composición, entrada el mismo día 12 de julio en el diario, que dice así:

*«Mágico, pájaro regio»
que Rubén en castellano
dijo, y no dijo en francés,
con su erre y con sus ges,
esdrújulo americano,
en Nicaragua un arpegio.*

Es decir, que sean cuales sean las razones del paralelismo visible en la lectura de «La narria» y de «Allá lejos», no hay ninguna duda de que ese 12 de julio de 1928 don Miguel barruntaba en el recuerdo el verso que aludía al pájaro-símbolo preferido por Rubén: el cisne. Porque no era un verso cualquiera el recordado, sino el verso 23 del poema «Blasón» de *Prosas profanas*, que pertenece a la estrofa VI:

*Rimador de ideal florilegio,
es de armiño su lírico manto,
y es el mágico pájaro regio
que al morir rima el alma en un canto.*

Pensamientos, o recuerdos, de muerte—muerte del cisne, Rubén, muerto ya hacía doce años—acometen en esa fecha a don Miguel. Quizá como contrapunto, o cediendo a una tensión de sentido opuesto, escribe un poema de evocación, o vuelta, a la niñez. En Unamuno, como se sabe, son constantes estos saltos angustiosos: del sí al no, de la vida a la muerte, de la ultratumba a la ultracuna, del golpe de pecho al golpe de timbal, de la no-música a la música, de la angustia

a la paz contemplativa; pero me parece particularmente curioso y significativo que en el diario íntimo las anotaciones del recuerdo del cisne desaparecido y de la evocación de la niñez se hagan el mismo día.

Veamos ahora las analogías y las particularidades de los dos poemas. Ambos son composiciones de suprema nostalgia: evocaciones de un recuerdo, de algo que pasa, una carreta de bueyes (curiosa, y quizá no accidental, coincidencia), un lento vehículo que transporta a los dos poetas a la remota infancia. El buey, imagen-denominador común en ambos poemas, es pesado y lento, pero su vaho en un caso o su babeo en el otro muestran que en ambos poetas se siente un tirón biológico elemental. Cual sea la influencia que la lectura o el recuerdo de «Allá lejos» haya podido tener en la creación de «La narria» me interesa menos que determinar el paralelismo de andadura poética en la dirección de recuerdos lejanos y puros. Tensión de conciencia de tiempo, pero hacia atrás, hacia el pasado, no misión, programa, ni tensión hacia el misterioso futuro, es el vértice infinito hacia el que concurren las paralelas en esta ocasión. Extremado lirismo encierran los raros poemas donde los poetas deciden añiñarse y cantar para sí mismos, en su soledad, la canción de cuna imposible, la de la vuelta al principio de todo. En tan entrañable coyuntura pueden trazarse nexos muy reveladores entre los dos poetas. Dice Darío: «Buey que vi en mi niñez echando vaho un día...» y «... paloma de los bosques sonoros del viento, / yo os saludo, pues sois la vida mía». Dice Unamuno: «No volveré a veros, narrias, / resbalabais silenciosas / por calles de mi niñez / al paso de lentos bueyes, / que iban babeando a la vez...» En ambos casos es la lentitud del paso de los bueyes recordada nostálgicamente, la que despierta el sentimiento de la pérdida irremediable de la niñez, la juventud y, quizá, de la vida entera.

La emoción de ambos poetas se proyecta hacia tiempos y espacios muy concretos y bien definidos. Dice Darío: «... bajo el nicaragüense sol de encendidos oros, / en la hacienda fecunda, / cuando era mi existencia toda blanca y rosada...» Dice Unamuno: «... la Bilbao que se me fue / por calles de mi niñez. / ¡Qué encanto montar un poco sobre las vigas...» Pero la tensión vital nostálgica y melancólica, en ambos poemas, emana de un movimiento imaginativo que lanza a la memoria a la recaptura de unos sonidos, de una olvidada canción. Dice Rubén: «... en la hacienda fecunda, plena de la armonía del trópico, / paloma de los bosques sonoros del viento, / paloma arrulladora y montañera...» Dice don Miguel: «... ¡qué *sirinsín* aquél!...»

Resuenan, en la distancia del recuerdo, el espléndido concierto de la naturaleza tropical, con sus solos o arrullos de paloma, con el coro del viento en los bosques, para Darío, y para Unamuno, el humilde,

onomatopéyico, *sirinsín* del resbalar de los calzones infantiles, al deslizarse sobre la piedra del tobogán. No importa si en un caso el recuerdo sonoro es orquestal, y en el otro, únicamente modesto y humilde. Lo que cuenta es que en ambos predomina lo que el propio Darío llamaba «la necesidad del canto».

«Allá lejos» tiene, a pesar de su radical sencillez melancólica, mucho todavía de la ampulosidad y de la exuberante sensualidad del poeta americano. Basta con decir, en voz alta, que se trata de recordar «... un día bajo el nicaragüense sol de encendidos oros, en la hacienda fecunda, plena de la armonía del trópico...». Está escrito el poema en los majestuosos alejandrinos, siempre extraordinarios en Rubén. La naturaleza, el tiempo y la vivencia recordados tiene que corresponderse armónicamente con un sistema de expresión eficaz. Quien haya estado alguna vez bajo el sol de los trópicos, o haya sentido la embriaguez de la naturaleza en aquellos hermosos parajes, comprenderá que lo allí vivido no se puede expresar de otra manera. Pero Rubén (no se olvide que este poema pertenece a la parte final de *Cantos de vida y esperanza*) ha superado ya pasajeras frivolidades esteticistas. Su poesía, sin dejar de ser suya, ha ganado en profundidad, en radicalidad, sin perder su exuberancia; en él y en aquellos trópicos tan natural. Por eso la evocación de la niñez se hace pensando en aquel «buey echando vaho» y en «... la dulce madrugada que llamaba a la ordeña de la vaca lechera», visiones nada esteticistas. Y, sin embargo, junto al buey, aparece en la evocación la paloma, animal extraído también del recuerdo real infantil y bucólico, pero que en la imaginación del poeta llega a convertirse en la paloma de Venus, en la paloma del amor y de la canción arrulladora, que es en el poema no sólo el símbolo de «su» primavera pasada—cuando era su «existencia toda blanca y rosada»—, sino de la «divina Primavera», esta vez con mayúscula. A ambos, remotos buey y paloma, les dice Rubén, en singular acorde no sólo con Unamuno, sino también con su amigo Antonio Machado, el «misterioso y silencioso»; a ambos les dice: «Sois la vida mía...»

«La narria» es un poema escrito en el tono confidencial propio del diario poético de Unamuno. No caben en él resonancias orquestales. No son tampoco los grandes acordes los preferidos del poeta vascongado, más bien inclinado a la sencillez, y aun a la austeridad melódica. Pero es la melodía—también melancólica, aunque suene más a acordeón que a orquesta—el alma del poema: «Y así marchó mi vidita. ¡Qué *sirinsín* aquél!» Los versos son octosílabos, para cantarlos en voz baja. El aire, la sonoridad, del poema es de canción popular. El tema es uno de los preferidos de Unamuno: la vuelta a la entraña

intrahistórica, al principio de todo. Se evoca no sólo la niñez, sino la frescura, el candor, la falta de prisas, la generosa disponibilidad de tiempo. Es decir, aunque con otras palabras, también «la divina Primavera». El modo expresivo de don Miguel está muy en consonancia con su estilo de vida y —también como en el caso de Rubén— con el ambiente evocado: la Bilbao de su niñez no puede recordarse con los mismos colores, luces y sonidos que la exuberante hacienda tropical, pero el movimiento del ánimo es extrañamente similar al de Rubén. El lento y silencioso resbalar de las narrias, así como el irse a la mar «sin saber» del río Nervión, son tiempo de primavera (invención de Dios), por contraste, o paradoja, con el «ahora» de 1928, en que se escribe el poema, que es tiempo de prisas y de invierno («las ruedas del automóvil son invención de Luzbel»).

Con lo expuesto hasta aquí he apuntado apenas las dos direcciones principales en que puede estudiarse el paralelismo —de época, personalidad y obra— entre Unamuno y Darío. Cantando hacia afuera, o hacia adentro, coinciden, en mayor grado de lo que se cree, los dos poetas. Ambas direcciones existenciales tienen que explorarse más detenidamente, pensando que el paralelismo de dos vidas y de dos obras no requiere la igualdad de todos los puntos de las dos trayectorias vitales, sino conciencia del norte, o dirección, en que marchan las paralelas.

Las direcciones de este ya necesario estudio quedan, pues, señaladas. Después de todo, fueron los mismos poetas quienes nos dejaron la ruta marcada. Darío, en el texto sobre Unamuno citado al principio; éste, en su correspondencia con Rubén (Alberto Ghirardo: *El archivo de Rubén Darío*, pp. 34 y 44), más citada que leída. Tomo de dos cartas fragmentos que me sirven de perfecto colofón:

Los que una vez nos encontramos en la vida, donde se cruzaban nuestros caminos que viniendo del infinito al infinito van, seguimos siempre en la vida juntos; cada uno se lleva al otro, y lo mejor del otro, lo que de él pudo hacer propio...

... En el inmenso coro del universo hay sitio para todos, con tal de que cada cual dé su nota nativa, la que le es propia. Lo malo es que el ruisñor pretenda rugir, o gorgear el león. Y mi anhelo es comprender y sentir todas las voces, o más bien el supremo concierto.

MIGUEL ENGUÍDANOS
Department of Spanish and Portuguese
Indiana University
Bloomington, INDIANA, 47401